



LOS SABERES INDIGENAS SON PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

José Narciso Jamioy Muchavisoy*

Bajo la premisa de que narrar en pocas palabras los saberes milenarios de los distintos pueblos es irrespetuoso e irresponsable, ya que se puede caer en interpretaciones superficiales y erradas sobre aquellos conocimientos que para ellos son sagrados, el autor se limita a presentar un panorama muy general de cómo dichos conocimientos generan vida e identidad en las nuevas generaciones mediante procesos de tradición oral por los padres, abuelos, tíos y, en especial, por los ancianos sabedores de los pueblos y comunidades indígenas. La explicación es fruto de sus experiencias como hijo de una familia que conservó la tradición Kamëntsa, como acompañante en algunas actividades de reflexión realizadas con voceros del orden nacional y con las comunidades de los pueblos Arhuaco, Paéz, Guambiano, Pastos, Ticuna, Cofán e Inga. Así mismo, de sus vivencias como estudiante, docente de colegio, catedrático universitario e investigador.

* José Narciso Jamioy Muchavisoy, hablante-nativo de los Kamuentša Yentsang, Kamëntsa Biyang “Hombres de Aquí, con pensamiento y lengua propia”, del Valle de Sibundoy-Putumayo. Licenciado en Lenguas Modernas de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá, Administrador de Empresas de la Universidad de La Salle, Magister en Etnolingüística de la Universidad de los Andes y estudiante de Derecho de la Universidad Javeriana.

De acuerdo a nuestra costumbre, en primer lugar, agradezco a Bëngbe Bëtsá “nuestro creador”, por todos los saberes que nos dotó para mantener nuestra identidad. También agradezco a los ancianos sabedores de diferentes pueblos que han cumplido la tarea de transmitir sus conocimientos de generación en generación, permitiéndonos en la actualidad compartir algo de dichos saberes con la sociedad en general. Finalmente, agradezco a todos los profesores y compañeros que me permitieron compartir sus conocimientos.

De las prácticas comunitarias realizadas llegué a comprender que los saberes de cada uno de los pueblos a los que me refiero son recíprocamente complementarios, y se transmiten para el servicio de todos. En consecuencia, es factible afirmar que los distintos saberes constituyen la génesis de la identidad y diversidad cultural de los grupos indígenas que siguen enriqueciendo el desarrollo intelectual de la humanidad.

La sabiduría indígena proviene de su creador

El saber indígena es considerado por los mismos miembros de cada pueblo que proviene de su Creador y, en consecuencia, no es posible comprenderlo en profundidad si se trata en forma aislada. Por eso cuando los sabedores de tradición oral comparten sus conocimientos, en primer lugar proclaman al creador de su mundo y su pueblo, luego mencionan a los antepasados, abuelos,

tíos y a sus padres, de quienes recibieron los conocimientos propios de su cultura.

Con lo anterior, los sabedores quieren significar que los saberes de transmisión oral no son producidos por ellos, y su tarea es identificarlos con el apoyo de la comunidad para luego transmitirlos. Es decir, dichos conocimientos no son resultado del estudio o trabajo individual, sino de

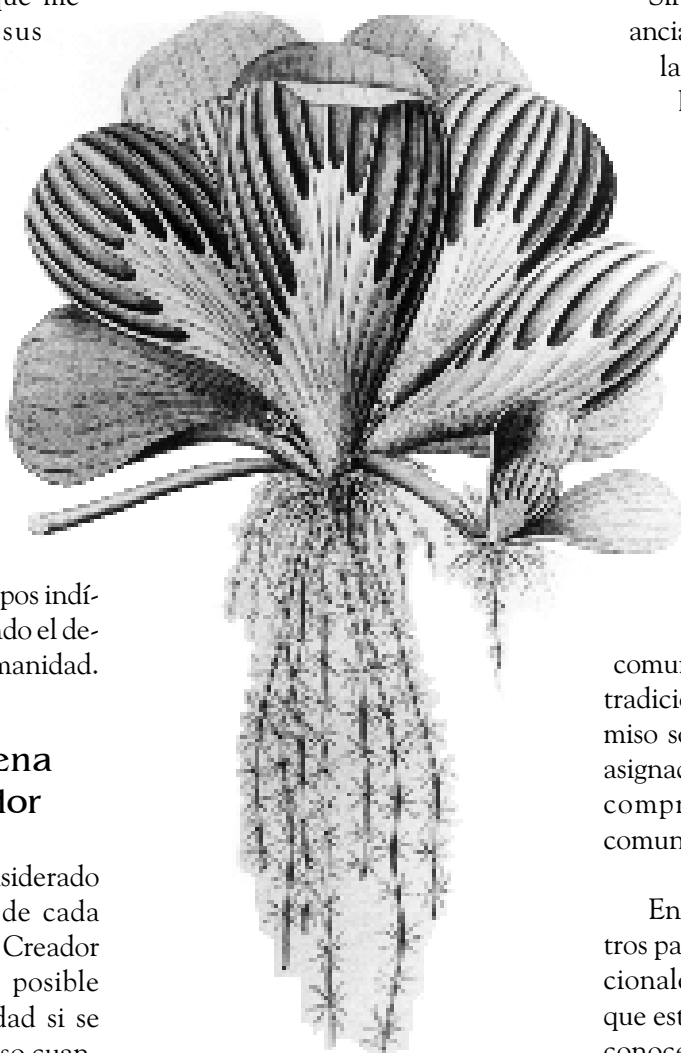
ha asignado para garantizar la identidad en la vida de las comunidades. Este modo de transmitir los saberes subsistió de generación en generación por muchos siglos, hasta cuando apareció la forma escrita como una manera de producirlos y difundirlos. Es importante anotar que desde entonces se debilitó el procedimiento de transmisión por tradición oral, desencadenando un atraso paulatino del saber indígena.

Sin embargo sobreviven algunos ancianos sabedores que constituyen las “bibliotecas vivientes” para los pueblos indígenas de tradición oral y la muerte de cada uno de ellos significa la extinción de una “enciclopedia oral”.

El saber indígena es patrimonio comunitario y compromiso social

Los sabedores mediante la comunicación de sus conocimientos tradicionales desarrollan su compromiso social de proteger la identidad asignada por su creador. Es decir, su compromiso es formar hombres comunitarios con identidad.

En la tarea de formación, nuestros padres como los sabedores tradicionales comienzan por aclararnos que este mundo está hecho sólo para conocerlo y respetarlo en sus leyes naturales y advierten a quienes lo conocen mejor, para que cumplan con su responsabilidad de hacerlo conocer y respetar. Además explican: el mundo está hecho para que en él



un proceso de conocimiento colectivo, orientado a la toma de conciencia de la sabiduría que su creador les

pasee, transite la vida del Hombre, como una referencia al principio universal de la evolución. Por eso consideran que la vida asignada por su creador sigue circulando de generación en generación, experimentando cambios con el acompañamiento espiritual de los mayores. Por todo esto, los ancianos sabedores sienten la necesidad y obligación de renovar sus conocimientos, actualizarlos y transmitirlos a las nuevas generaciones para que no crezcan huérfanas de su identidad.

En consecuencia, el saber indígena es un saber dinámico que se recrea a diario en los actos, hechos y circunstancias del Hombre en relación con lo divino, la naturaleza, con la familia, la comunidad y la sociedad en general. Es decir, los saberes indígenas siempre han constituido una riqueza intelectual para formar Hombres comunitarios con identidad, semejante a decir “formar ciudadanos”, tarea principal encomendada en cabeza de los ancianos sabedores.

Los ancianos sabedores son la fuente viva del conocimiento de los pueblos indígenas

Para los nativos que se autodenominan como Kamuentsa Yentsáng, kamentsá Biyáng “Hombres de Aquí, con pensamiento y lengua propia” del Valle de Sibundoy, en el departamento del Putumayo, sus saberes provienen de Bëngbe Bëtsa “nuestro creador, nuestro mayor, nuestro grande”, y de Tsbatsan mamá, que es su “madre tierra”, e identifican su lugar de origen como Bëngbe Tabanók, sig-

nificando “nuestro lugar de partida y llegada”. Kem luar, para expresar “este territorio” y nÿes luar, para significar “este mundo terráqueo”. A partir de este modo de concebir el universo y a sus procreadores, los ancianos sabedores transmiten sus saberes ubicando los temas u objetos dentro o fuera de esa identidad espacial.

Las comunidades indígenas reconocen a los ancianos sabedores de la cultura tradicional como sus voceros y consideran que sus consejos, opiniones y recomendaciones son “La Palabra Correcta”, expresión utilizada para significar que en sus palabras conllevan un profundo conocimiento sobre los temas u objetos que dan a conocer. Así, los sabedores indígenas constituyen una fuente fundamental del conocimiento tradicional de cada pueblo.

Los sabedores por sus amplios conocimientos tienen la capacidad de identificar con facilidad las cualidades de las personas y las calidades de las cosas, por eso generalmente están emitiendo recomendaciones a los padres de familia para que cuiden y orienten a sus hijos de acuerdo a la vocación o interés que hayan demostrado, como también para el buen manejo de las cosas en beneficio de todos.

Para ellos la vocación es la voluntad de las personas de ser comprensivas en la realización de los oficios de carácter comunitario. Con este criterio identifican niños y adolescentes voluntarios para la cacería, las artes, los ritos, la medicina, las siembras, las cosechas, los juegos, etc., y con cada uno de ellos comparten su don.

Los sabedores leen las cualidades de una persona en los actos o

estados que él o ella establece, que pueden estar relacionados con lo divino, con lo humano y con la naturaleza. Pueden ser examinadas dichas cualidades durante un saludo, en los trabajos comunitarios, en las fiestas, en las asambleas, en los ritos de limpieza física y espiritual, en los juegos, etc., explicando luego lo que sintieron acerca de esa persona y, en efecto, emiten algunas sugerencias o recomendaciones necesarias con el fin de protegerla de los peligros y aconsejarla para que cuide las buenas relaciones con su Creador, con los demás, con la naturaleza y consigo mismos.

De otra parte, los padres de familia que conservan la tradición respetan los consejos de los sabedores y ayudan para que en el corazón y la mente de sus hijos nazcan los saberes de dichos ancianos. Con tal propósito los padres brindan a sus hijos el acompañamiento necesario en las diferentes actividades de la familia y comunidad.

El reconocimiento de las cualidades de una persona se va dando con mayor claridad a medida que participa en las relaciones comunitarias. Por eso los padres de familia generalmente asisten con sus hijos a los trabajos comunitarios, a las fiestas, a las asambleas, etc. En el caso de los Kamentsá, a los menores que asisten a los diferentes actos comunitarios se los conoce como “sobrinos” y son considerados acompañantes. Y a todos los adultos o mayores se los reconoce como “tíos”, creándose un ambiente de familia. En general, las experiencias y saberes de los padres hacen parte de la vida de sus hijos, por eso los conocimientos de los primeros crean cierto prestigio, respeto y autoridad en los herederos.

En consecuencia, la comunidad espera de quienes han recibido los mejores saberes tradicionales que sus actitudes, consejos y opiniones sean acordes con sus conocimientos, y considera que dichas prácticas garantizan la preservación de los conocimientos a través de un nuevo sabedor prudente.

Si la conducta de estos herederos contraría los conocimientos percibidos, la comunidad toma una postura de control mediante enérgicas críticas a fin de corregir sus actitudes.

Es decir, cada comunidad establece la relación entre la conducta de los sabedores y los conocimientos tradicionales de cada pueblo indígena en sus experiencias vividas y si encuentra concordancia entre ellos les brinda la mayor confianza y respeto.

El trabajo: Una forma de transmitir conocimientos e identidad

Los niños de familias que conservan la tradición empiezan su vida en un ambiente de adiestramiento sobre el manejo de los instrumentos que utiliza la comunidad, en los espacios donde ésta desarrolla sus trabajos, con el propósito de inculcar en ellos los saberes propios de su cultura.

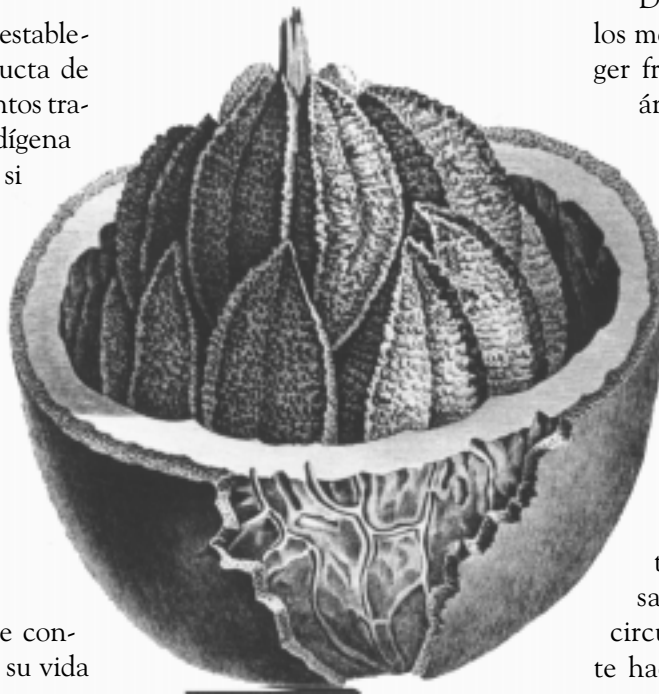
En la chagra o huerta tradicional

Las chagras o huertas tradicionales son espacios donde se organizan los cultivos alimenticios y medicina-

les, y se cuida parte de la flora y la fauna silvestre, con el propósito de mantener una relación equilibrada entre los seres vivos y la naturaleza.

Las familias que conservan la tradición sostienen su chagra de acuerdo a los saberes, convirtiéndola en verdadera despensa, con el mayor número de provisiones para satisfacer sus necesidades diarias.

Los padres siempre llevan a sus hijos menores a la chagra como



acompañantes a los diferentes trabajos comunitarios de siembra, de limpieza, de poda, de cosecha, etc., y los adiestran en manipular algunos elementos de madera, simulando con ellos el manejo de las herramientas que utilizan los adultos en las distintas labores, evitando así cualquier riesgo que podría perjudicar físicamente a los niños. En la medida que avancen éstos en sus simulacros, les entregan las herramientas de metal

que ya no son útiles para los adultos y con ellas comienzan a participar en trabajos sencillos, emprendiendo desde entonces un proceso de enseñanza-aprendizaje de los distintos saberes sobre las leyes naturales, sobre la madre tierra, clases de plantas alimenticias y medicinales, clases de semillas, influencias del tiempo lunar, las formas de cosechar los frutos, etc., y los adiestran para que al limpiar las malezas hagan pequeños montones que faciliten su descomposición y luego sirvan de abono orgánico.

Durante el acompañamiento de los menores en la chagra para recoger fríjol, maíz, buscar leña, podar árboles, etc., los padres y demás sabedores responden a sus preguntas mediante narraciones o cuentos sobre el qué, cómo, dónde y por qué de las cosas. Con dichas explicaciones los niños se acostumbran a respetar, a estimar y a colaborar en el cuidado de los cultivos o sembríos y de los animales. Y sobre todo aprenden a leer los comportamientos y estados de las cosas. Los niños que más leen las circunstancias reales, generalmente hacen más preguntas interesantes y sus padres o sabedores los llaman “curiosos”. Estos adquieren pronto muchos conocimientos en el manejo de chagras y muy jóvenes llegan a ser utabnëng “jefes” o caporales de cuadrillas tradicionales, convirtiéndose desde ese momento en auxiliares de su propio gobierno.

En efecto, los hijos que tengan mayor cualidad para este tipo de actividades desde muy jóvenes comienzan a sostener una chagra en forma individual, familiar y comunitaria. Al

obtener la primera experiencia, sus abuelos, tíos y otros sabedores lo cuestionan sobre cuáles fueron los resultados. De acuerdo a la información, ellos emiten críticas constructivas y las recomendaciones pertinentes a fin de apoyarlos en la realización de los ajustes necesarios para mejorar los resultados en las próximas siembras.

Este proceso se repite por varios años, hasta cuando los ancianos sabedores reconocen que sus aprendices han logrado sostener buenas chagras. El reconocimiento público significa que sus discípulos son autoridades en el manejo de la chagra tradicional, porque han demostrado a través de sus prácticas que tienen los conocimientos necesarios para actuar según las exigencias de la realidad y desde este momento sus experiencias y conocimientos se constituyen en aporte intelectual para su familia y comunidad en general.

En conclusión, la chagra es un espacio instituido para impartir los saberes y compartir las responsabilidades, es decir, constituye una “escuela” del saber indígena. Además podemos deducir que los conocimientos adquiridos por quienes fueron principiantes son producto del acompañamiento y de sus propias experiencias en los trabajos comunitarios, a partir de la fuente principal que obtuvieron de sus mayores, convirtiéndose luego en autoridades en este campo y transmisores de dichos saberes a las siguientes genera-

ciones contribuyendo a preservar su identidad.

De este modo, los padres de familia y la comunidad indígena en general consideraron por muchos años, que llevar a los niños a las “escuelas de los blancos” era convertirlos en perezosos, porque sólo permanecían sentados en los salones y jugando en los recreos, sin producir algo en beneficio propio, de su familia o de la comunidad. Concepto que ha venido cambiando en la medida que avanza el proceso de mestizaje.

En las artes

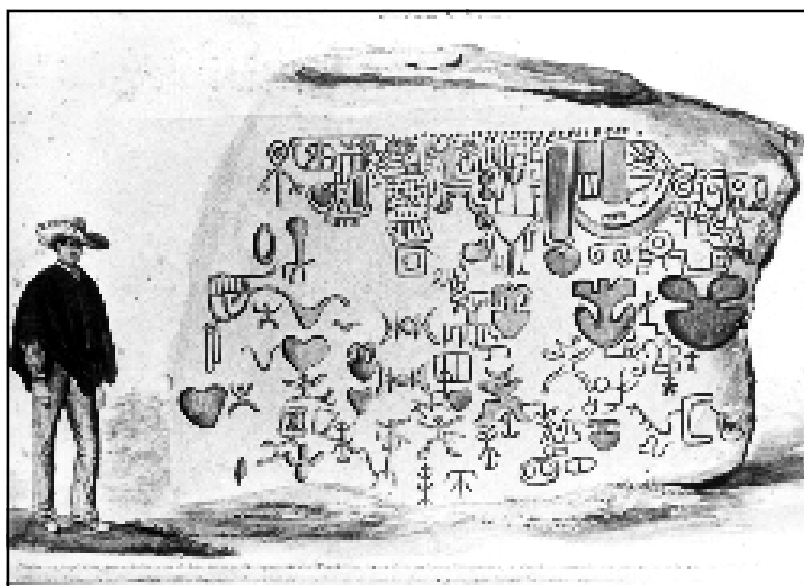
Según los ancianos sabedores todos nacemos con facultades artísticas, pero algunos las desarrollan mejor que otros, como se puede apreciar en los trabajos de siembra, de cosecha, en tratos o curaciones a enfermos, en tallados o tejidos, en la música, en el habla, en el juego, etc., todos podemos realizarlos, pero no todos los podemos hacer con los mismos saberes ni con el mismo arte; con esto ellos quieren significar que en todos nuestros actos se reflejan los

pensamientos, sentimientos y la voluntad con que se obra. Los sabedores califican a quienes alcanzan la capacidad de hacer sentir placer, hacer ver con satisfacción el resultado de sus trabajos como hombres o mujeres de “buena mano o buena espalda”.

En este campo, igual que en el anterior, los aficionados llamados como “curiosos”, se inician desde muy pequeños como acompañantes en los trabajos de los maestros sabedores. Comienzan por servir de ayudantes a pasar instrumentos o herramientas que no están prohibidas y no presentan ningún peligro para sus vidas.

Durante el “período de acompañamiento” el sabedor explica sus experiencias artísticas en la realización de sus trabajos o elaboración de objetos artísticos, en donde cuenta cómo aprendió a hacerlos y qué aporte propio ha hecho en ellos. En dichas explicaciones transmite las ideas, sus saberes sobre las diferentes artes tradicionales, basado en mitos, ritos, cantos, carnavales, etc.

Durante esta asistencia los sabedores enseñan a distinguir las partes del trabajo, calidades y características de los materiales. Después de un tiempo permiten a los principiantes manejar algunos instrumentos o herramientas sencillas, con las cuales comienzan a producir partes de los objetos y efectos artísticos de su maestro; en seguida los Máitrëng “maestros” entregan algunos materiales



para que sus aprendices comiencen a producir en forma independiente algunos objetos para su uso personal o de su familia y así desarrollen sus habilidades produciendo efectos artísticos de acuerdo a las explicaciones anteriores.

Los maestros sabedores permanecen atentos para que sus discípulos no “dañen su mano”, es decir, para que no hagan mal las cosas. Sus observaciones y recomendaciones están orientadas principalmente a la voluntad con que se deben realizar los trabajos.

Este acompañamiento por parte de los sabedores a sus aprendices dura varios años porque consideran que cada uno tenemos “manos diferentes”; con esto dan a entender que el arte no se enseña, sino que quienes tienen mayor conocimiento y producen artísticamente los trabajos presentan los pasos de cómo los desarrollan, para que cada uno de los aficionados logren también producirlos artísticamente, según los pensamientos, sentimientos y la voluntad que tengan para ello.

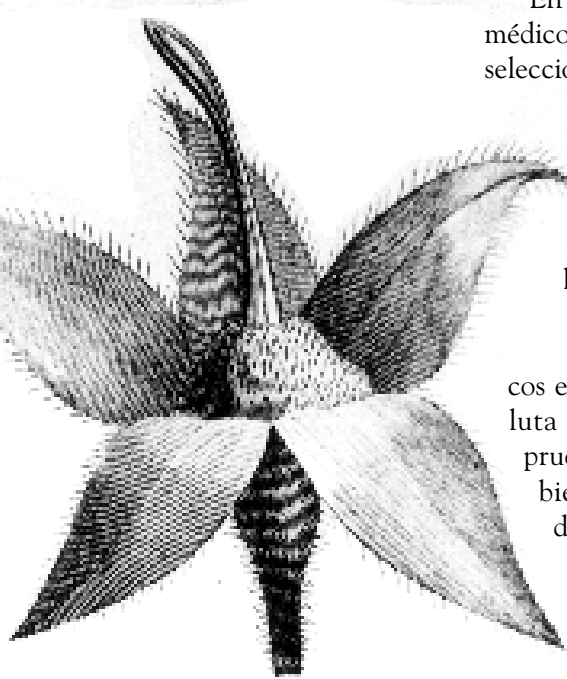
Cuando los aprendices alcanzan a plasmar en sus trabajos y objetos elaborados los saberes ancestrales de un modo artístico propio, diferente a los demás, es factible que sus maestros sabedores les brinden el reconocimiento público de Tsábe Máitro “maestro de buena mano”, por el desarrollo de sus facultades artísticas en las obras que ha ejecutado.

En consecuencia, para los maestros sabedores el arte es una forma de perfeccionar las facultades del pensamiento, sentimiento y la voluntad

de cada persona. Por eso ellos no se comprometen a enseñar las artes sino a exhibir o presentar los modos de cómo ejecutarlos artísticamente en diferentes campos de la cultura tradicional.

En la medicina tradicional

En cuanto a los médicos tradicionales, existe la convicción de que ellos nacen con ciertos dones especiales otorgados por su creador y por eso no es suficiente sólo tener vocación de ser médico.



En la tradición existe la confianza de que el médico tradicional posee saberes para proteger de los males corporales y espirituales a las personas, plantas, a los animales, y demás objetos posibles. En efecto, a él le consultan sobre las causas que están afectando a determinadas personas o cosas.

Para mantener la capacidad de encontrar dichas causas materiales o

espirituales conservan dietas alimenticias especiales y su conducta frente al contacto con las demás personas, con la naturaleza y con lo divino es muy reservada. Es decir, que no es frecuente el contacto directo entre la comunidad y el médico tradicional en los trabajos comunitarios, ya que dicho contacto se da cuando los pacientes se acercan a consultarlo en su casa, según las necesidades. En cuanto a su relación con la naturaleza es de mucho respeto y con lo divino es de profunda fe en su creador.

En la práctica cada uno de los médicos tradicionales acostumbra a seleccionar mínimo un acompañante menor de edad, a quien adiestra para ser su auxiliar en la medida que vaya entendiendo a manejar las relaciones con lo divino, lo humano y la naturaleza.

Por ello los sabedores médicos eligen acompañantes de absoluta confianza. Así investigan y prueban a los niños de familias bien conocidas acerca de sus dones especiales.

Una vez que hayan verificado sus cualidades físicas y mentales, los nombran como parte de sus ayudantes. Desde entonces los someten a una dieta alimenticia y a una disciplina rigurosa que garantiza el cumplimiento de su responsabilidad con el sabedor, con los pacientes, con su familia y con la comunidad en general. Muchos acompañantes tardan quince, veinte o más años para obtener el reconocimiento de los sabedores en medicina tradicional, el cual logran cuando han demostrado tener dominio de “la bebida sagrada del yagé”, producto de

una planta silvestre, utilizada siempre para encontrar las causas de los males materiales o espirituales en los ritos tradicionales de limpieza.

La mayor parte de las experiencias y conocimientos sobre la medicina tradicional se adquiere a través de las ceremonias de limpieza, donde el mismo aprendiz se somete a todas las formas de experimentación, con el fin de vivir, sentir y reconocer los efectos que producen las plantas, los ritos y otros elementos que se usan. Además, el aprendiz es quien siempre está dispuesto a acompañar a otros pacientes cuando así lo determine el médico sabedor.

En este proceso el acompañante viene asumiendo el compromiso social de proteger a los pacientes y a la comunidad, adiestrándose a sentir e interpretar los indicios que presentan las personas en las pulsaciones, la energía, los sueños, las visiones al tomar yagé; lectura en los orines, olores, sabores, estados anímicos, en los rostros, estados del tiempo, en las voces, las buenas o malas horas, en las plantas hembra y macho, calientes y frías, etc.

Después de varios años de práctica durante el acompañamiento y posteriormente en forma independiente, los conocimientos de un aprendiz de esta medicina son reconocidos por los demás sabedores cuando estos son testigos de los buenos trabajos que ha realizado en beneficio de los pacien-

tes y la comunidad. Este reconocimiento público de “buen médico” a quienes fueron aprendices, por parte de sus pacientes y otros sabedores, otorga cada vez más prestigio a su maestro sabedor. El estímulo lo obliga a continuar tutorando a sus discípulos por lo menos otros diez años más en sus trabajos. Por lo tanto, según la tradición no es posible tener jóvenes versados en la práctica de esta medicina. Y quienes han intentado serlo siendo jóvenes padecen de la

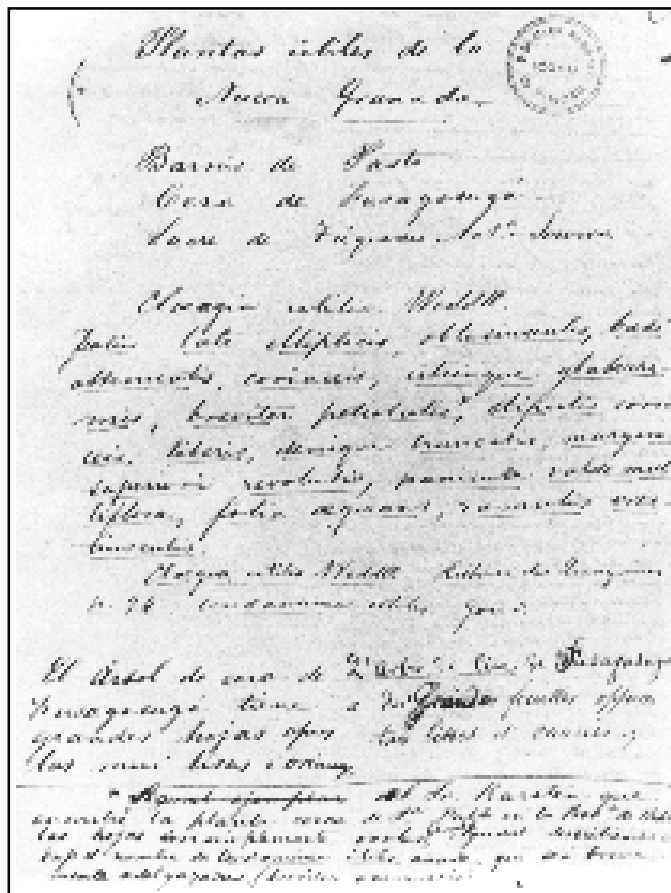
te a las personas, a la comunidad y sus patrimonios. Por eso se los llama en la tradición kamëntsó como Tatsmboung “los de todo saber”, quienes de acuerdo a la costumbre antigua tienen el deber moral de servir para que todos vivamos en paz.

En forma similar a las descripciones anteriores podríamos seguir presentando el desarrollo de otras actividades tradicionales y, a través de ello, mostrar el proceso de transmisión de los saberes ancestrales a las nuevas generaciones.

En conclusión, el trabajo comunitario es el eje conductor en la transmisión de los conocimientos ancestrales y de la formación de los nuevos sabedores tradicionales. Mediante dicho trabajo los ancianos sabedores se han preocupado más por formar inteligencias prácticas que abstractas, logrando que perdure la identidad de cada pueblo.

Las lenguas vernáculas son la columna vertebral de los saberes indígenas

Las lenguas vernáculas de los pueblos indígenas son la columna vertebral de los saberes indígenas, ya que, según el pensamiento ancestral, ellas constituyen una dotación otorgada por el mismo creador para que las comunidades se comuniquen y compartan sus pensa-



Manuscrito de J. J. Triana

desconfianza de su comunidad, porque la mayoría de las veces terminan negociando con la salud física y espiritual de los pacientes.

En conclusión, el saber de los médicos es para proteger íntegramen-

mientos. Al ser subestimadas desde épocas de la conquista hasta nuestros días han permanecido en desventaja social frente a las lenguas oficial y comerciales de la sociedad nacional.

Las lenguas vernáculas han registrado los saberes de nuestros antepasados a través del tiempo y el espacio. En Colombia actualmente existen aproximadamente sesenta y cuatro lenguas vernáculas vivas, de los ochenta y un pueblos indígenas que sobreviven en este país. Estas lenguas, aunque debilitadas por todo el proceso histórico conocido, en la actualidad continúan siendo el vehículo más importante de transmisión de los saberes.

A manera de ilustración se presenta a continuación cómo en una lengua vernácula el sentido de las palabras y enunciados es reflejo del pensamiento ancestral. Observemos algunas palabras de los hablantes nativos conocidos como kamëntsas: Para expresar el acto de enseñar utilizan la palabra: jaboátëmban /xa-boa-tëmban/ corresponde a “infinitivo-fluir-reconocimiento” y con ella quieren significar que el concepto de enseñar “es un fluir del pensamiento de una persona hacia otra para que reconozca” el objeto o asunto que se expone.

Y para aprender, usan la palabra joatsjinñan /xoa-ts-jinñan/ que corresponde a “infinitivo-objeto-ver”, con la cual quieren explicar que aprender “es ver mentalmente por sí mismo los objetos o asuntos que se exhiben”.

Así podríamos continuar con otras lenguas vernáculas, para con-

cluir que éstas siguen dando claridad de los saberes ancestrales en pueblos indígenas con tradición oral y que su desconocimiento puede conducir a interpretaciones superficiales o erróneas de una cultura determinada.

Transmitir el saber indígena es un deber y un derecho de las nuevas generaciones



Por el hecho de nacer una persona en el seno de una familia indígena que conserva más o menos la cultura ancestral, le corresponde el derecho a heredar la identidad de sus padres y por ende la de su comunidad y la de sus antepasados, y éstos tienen la responsabilidad de transmitir todos sus saberes comunitarios para garantizar la vida en comunidad con cultura propia.

Así, transmitir el saber indígena a las nuevas generaciones es un deber de los padres de familia, los abuelos y la comunidad en general. Dicho saber, percibido por los niños y los jóvenes a través de sus familiares y ancianos sabedores, garantiza la identidad a estas nuevas generaciones y, en consecuencia, la comunidad o pueblo los legitima como miembros de la familia indígena.

Esta apreciación de los saberes indígenas en el marco del Derecho ha permitido estrechar la relación entre la niñez y los ancianos sabedores, en donde se ha desarrollado el respeto por la cultura propia y la de otros grupos humanos, es decir, dicha relación permite distinguir y valorar la práctica cultural desde diferentes aspectos.

Desde el punto de vista endógeno, el desarrollo del saber o conocimiento de los pueblos indígenas sigue siendo un proceso de tradición oral: En efecto, las lenguas vernáculas siempre han constituido el instrumento fundamental para transmitir el conocimiento milenario, ya que ellas continúan reflejando la identidad y el pensamiento construido a través de varios siglos por las generaciones pasadas en los diferentes tiempos y espacios del universo que les ha tocado.

En resumen, al interior de cada uno de los pueblos el fin de transmitir los saberes indígenas a las nuevas generaciones por parte de los maestros sabedores es el de dar a conocer la sabiduría con la que les dio identidad su creador y con la convicción de formar hombres de respeto a su cultura, capaces de continuar buscando la felicidad de toda la comunidad.

Desde el punto de vista exógeno, el saber indígena al exterior de la comunidad significa una interpretación o traducción, abstraída por el pensamiento del investigador por medio de las técnicas de la investigación científica.

Según mis experiencias, la formación de investigadores en la sociedad occidental tiene en parte propósitos similares, como es la de crear hombres capaces de identificar conscientemente las distintas relaciones reales del universo, sin tener en cuenta lo bueno o malo de dichos conocimientos.

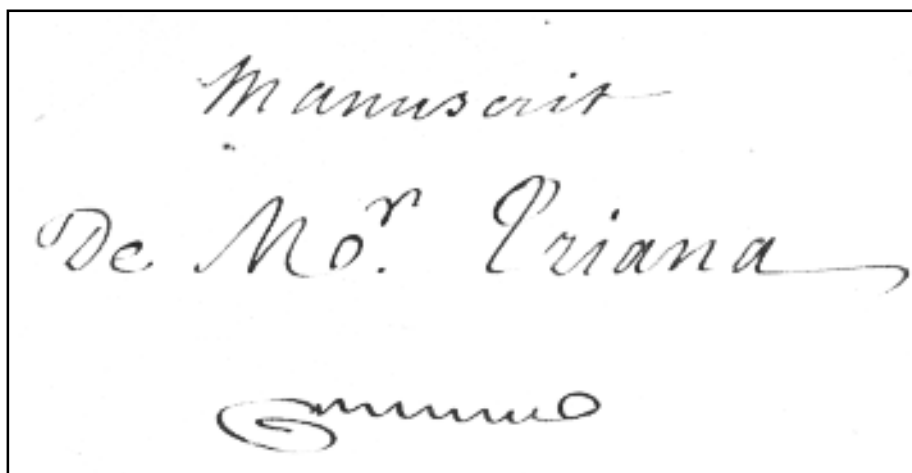
Por otra parte, en la educación primaria, secundaria y universitaria siempre me enseñaron sobre todo a memorizar y a repetir los discursos o definiciones de distintos autores. Y si repetía igual a lo que dictaban los profesores o lo escrito en los libros ó

adivinaba lo que ellos pensaban obtenía una mejor calificación. En este modo de formación se siente con frecuencia la ausencia de verdaderos maestros.

En síntesis, esta educación se preocupa más por desarrollar una inteligencia abstracta, individual, competitiva y especializada. Su formación no pretende preservar una identidad por medio de las distintas modalidades académicas, ya que las cátedras impartidas por los profesores están proyectadas generalmente a cumplir un plan de estudios y otorgar títulos, para que luego los nuevos profesionales inicien otra etapa de su vida relacionada con las necesidades laborales y económicas. En efecto, los padres de familia buscan entidades educativas donde sus hijos puedan adquirir mayor formación competitiva para que muy pronto sean profesionales competentes en el mercado de

los empleos. A estas condiciones no se escapan los investigadores que generan teorías en las diferentes áreas del saber, quienes producen saberes bien específicos de acuerdo a sus profesiones.

De lo antes expuesto podemos obtener varias y diferentes conclusiones. Personalmente deduzco las siguientes: los sabedores de los pueblos indígenas han fomentado la inteligencia práctica desde la infancia, mientras en la sociedad nacional las entidades educativas vienen impulsando la inteligencia abstracta. Los saberes indígenas se transmiten para reafirmar la identidad de los pueblos, y las teorías de los investigadores, cuando son éticas, se ponen al servicio de la sociedad para avanzar en los cambios globales o universales. Sin embargo, creo que tanto los unos como las otras buscan la felicidad humana.



Firma de J. J. Triana a sus "Plantas útiles de la Nueva Granada". Biblioteca Nacional de Bogotá.